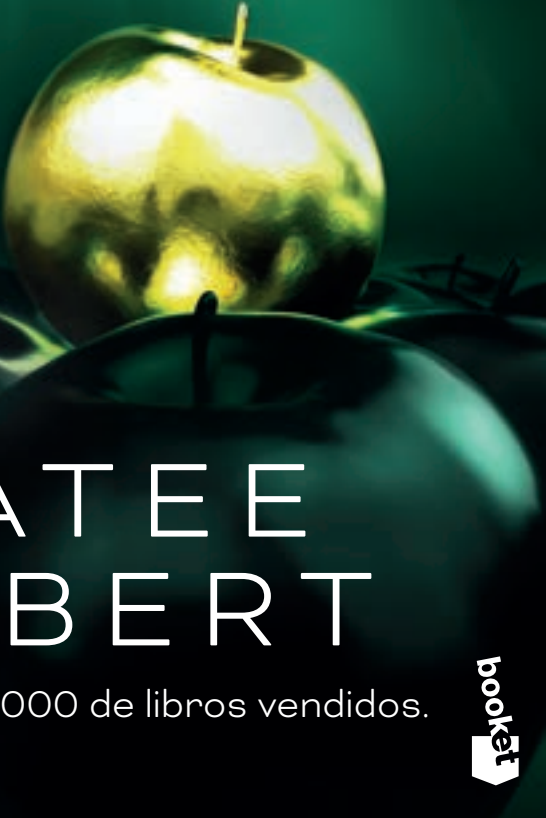


«Más sexy imposible.»

Entertainment Weekly

DIOSES INDOMABLES

AQUILES,
PATROOLO
Y HELENA

A golden apple is positioned in the center-right of the frame, slightly behind a dark, almost black apple in the foreground. The background is a dark, textured green with a subtle light gradient.

KATEE
ROBERT

Más de 2.000.000 de libros vendidos.

booket

Katee Robert

Dioses indomables

Traducción de Ana Robla Vicario

mr · ediciones



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Wicked Beauty*

© Katee Robert, 2022

Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna
Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© por la traducción, Ana Robla Vicario, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta, a partir de la idea original de Dawn Adams / Sourcebooks

Imagen de la cubierta: © Fugacar / Getty Images

Mapa del interior: © LokFung, © GreenTana, Istock Photo / Getty Images, © Pingebat / 123RF y © Julia Dreams / Creative Market

Primera edición en Booket: julio de 2025

Depósito legal: B. 11.255-2025

ISBN: 978-84-270-5427-1

Impreso en España

1 HELENA

—Joder, voy tardísimo —farfallo en voz baja.

Por suerte para mí, los pasillos de la torre Dodona están vacíos, pero eso no hace sino magnificar la cuenta atrás que suena en mi cabeza. Esta noche todo va a cambiar. Esta noche voy a dejar de ser un peón en mano de otras personas y voy a conseguir por fin la capacidad de actuar que he anhelado desde que era pequeña.

Y no me puedo creer que vaya a llegar tarde.

Apuro el paso, controlando a duras penas las ansias de echar a correr. Presentarme en una fiesta de Olimpo sin aliento y agitada es peor aún que presentarme tarde. Las apariencias importan. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que Olimpo vivió algo ni remotamente parecido a una guerra en el sentido estricto de la palabra, pero cada día se libran y se ganan pequeñas batallas sirviéndose de las cosas más mundanas.

Un vestido con un diseño elaborado.

Una palabra amable que oculta una puñalada tramera.

Un matrimonio.

Me meto a toda prisa en el ascensor para subir a la planta del salón de baile y resisto el impulso de ponerme a dar salti-

tos por la impaciencia. En un día normal, todo esto me daría exactamente igual. Hago de las pequeñas rebeliones un arte.

Pero esta noche es diferente.

Esta noche, mi hermano Perseo —ahora Zeus— va a hacer un anuncio que lo va a cambiar todo.

Hace menos de una semana, Ares falleció. No se puede decir que nos pillara por sorpresa —el hombre era viejísimo y había estado llamando a las puertas del Inframundo durante tres meses—, pero eso ha brindado una oportunidad que no surge más que una vez por generación. De entre los Trece, tan solo el puesto de Ares está abierto a cualquier persona, con independencia de su historia, sus conexiones y su estatus económico. Ni siquiera tienes por qué ser de Olimpo.

Solo tienes que ganar.

Son tres pruebas, diseñadas para separar el grano de la paja, y el último en pie se convierte en Ares, una de las trece personas que conforman el gobierno de Olimpo. Cada una se encarga de una parte específica de la tarea global de conseguir que la ciudad funcione correctamente, pero, para mí, lo más importante es que nadie puede obligar a ninguna de ellas a hacer nada que no quiera.

Ni siquiera Zeus puede coaccionar a otro miembro de los Trece; al menos en teoría. Mi padre nunca hizo demasiado caso a esas formalidades, y dudo mucho que mi hermano lo haga ahora que ha heredado el título. Pero da igual. Si soy Ares, ya no seré solo la hija de un Zeus y la hermana de otro, una princesita mimada sin ningún valor más allá de una cara bonita y buenas conexiones familiares.

Si me convierto en Ares, seré libre.

Las puertas del ascensor se abren y me apresuro en dirección al salón de baile. El largo corredor que lleva a la sala ha cambiado bastante desde la última fiesta: las adustas cortinas

oscuras que colgaban del techo al suelo a cada lado de las puertas se han visto reemplazadas por una tela blanca y vaporosa con un bordado plateado atravesándola. Sigue sin ser acogedor, pero al menos no es tan sumamente opresivo.

Me da curiosidad saber quién habrá tomado esa decisión en cuanto al diseño, porque me apuesto lo que sea a que no ha sido Perseo. Desde que ocupó el puesto de Zeus tras la muerte de nuestro padre, lo único que le importa a mi hermano mayor es llevar sus negocios y gobernar Olimpo con mano de hierro.

O al menos intentarlo.

—Helena.

Me paro en seco, pero al reconocer la voz se me dibuja una sonrisa de alivio en la cara.

—Hombre, Eros. ¿Qué haces aquí acechando en las sombras?

Da un paso adelante y extiende la mano, en la que sujeta un bolsito diminuto recubierto de joyas.

—Psique se ha dejado el bolso.

El bolsito debería darle un aspecto ridículo, sobre todo en contraste con la violencia que han perpetrado esas manos, pero Eros tiene la costumbre de moverse por la vida como si fuera intocable. Nadie se atrevería ni a toserle, y lo sabe.

—Qué buen marido eres. —Salvo los pocos pasos que quedan entre nosotros y le doy un beso rápido en las mejillas.

No hemos coincidido mucho los últimos meses, pero se lo ve bien. Eros es de las personas más hermosas del Olimpo, lo cual es mucho decir: un tipo blanco con el pelo rubio rizado y un rostro tan perfecto que haría llorar a cualquier pintor.

—El matrimonio te sienta bien.

—Y cada día mejor. —Aguza la mirada—. Tú no te has dejado nada en la recámara esta noche.

—¿Te gusta el vestido? —Me lo aliso con las manos. Es

una pieza hecha a medida, la tela dorada se ciñe a mi cuerpo de hombros a caderas antes de llegar a una falda algo más vaporosa. El escote toma la forma de una V pronunciada entre mis pechos, y unas hombreras puntiagudas le dan a la prenda un toque militar—. Va a causar sensación, como decía mi madre.

Ignoro la punzada en el pecho que me provoca ese pensamiento, como siempre que mi mente se obceca en rememorar a esa mujer que murió siendo demasiado joven. Hace quince años que ya no está entre nosotros, desde que sufrió una misteriosa caída cuando yo tenía quince. Misteriosa. Claro. Como si no sospechara todo Olimpo que mi padre estaba detrás.

Como si yo no lo supiera con certeza.

Apartar este pensamiento de mi cabeza ya me sale natural. Ya no importan los pecados que cometiera mi padre. Está muerto, igual que mi madre. Y espero que esté sufriendo en los pozos del Tártaro desde que exhaló su último aliento. Cuando pienso en su muerte, no siento más que alivio. Murió antes de poder dar mi mano con el único fin de establecer alguna alianza ficticia, antes de poder causar aún más dolor, uno de sus pasatiempos favoritos.

No, no echo ni un poquito de menos a mi padre.

—Estaría orgullosa de ti —dice él.

—Tal vez. —Echo un vistazo a las puertas por encima de su hombro—. O quizá se cabrearía conmigo por lo que estoy a punto de hacer. —¿Echar leña al fuego? Más bien causar un puto incendio.

A Eros no se le escapa una. Alza las cejas y niega con la cabeza, con una expresión melancólica.

—Así que Ares, ¿eh? Debería haberlo imaginado. Te has perdido un montón de fiestas últimamente. ¿Estabas entrenando?

—Sí.

Me preparo para su reacción. Somos amigos, sí, pero bajo los estándares de Olimpo. Yo confío en que Eros no me hunda un cuchillo en las costillas y él confía en que yo no le cause excesivos problemas con la prensa. Pasamos bastante rato juntos en eventos y fiestas, y de vez en cuando nos intercambiamos favores. Pero no le confío mis mayores secretos. No es nada personal: no le confío a nadie esa parte de mí.

Por otro lado, todo el mundo conocerá mis planes en breve.

Me pongo firme.

—Voy a competir para ser la próxima Ares.

—Joder. —Suelta un silbido—. Lo vas a tener bastante complicado.

No me dice que no cree que pueda hacerlo, pero, aun así, los ánimos se me apagan un poco. Tampoco esperaba un apoyo ferviente, pero que te subestimen constantemente nunca deja de pasar factura.

—Sí, bueno... Será mejor que entre ya.

—Espera un segundo. —Me escruta de arriba abajo—. Te has despeinado un poco.

—¿En serio? —Me llevo la mano a la cabeza. No puedo hacer nada sin un espejo delante. Mierda, voy a llegar más tarde aún, pero sigue siendo mejor que presentarse en esa sala hecha un desastre.

Comienzo a girarme en dirección al cuarto de baño, cerca de los ascensores, pero Eros me agarra del hombro.

—Tranquila, yo me encargo. —Abre el bolso de Psique y rebusca unos segundos hasta que saca una bolsita todavía más pequeña. Dentro hay un montón de horquillas. Eros suelta una carcajada al ver mi expresión de incredulidad—. No te hagas tanto la sorprendida. Si tú llevaras bolso, también tendrías un buen alijo de horquillas dentro. Venga, quédate quieta y deja que te arregle este estropicio.

Me quedo paralizada en el sitio por el shock mientras él me adecenta el pelo, asegurándolo con unos cuantos pasadores. Se inclina hacia atrás y asiente con la cabeza.

—Así mejor.

—Pero, Eros... —Me toco el pelo de nuevo con cuidado—. ¿Desde cuándo sabes peinar?

Él se encoge de hombros.

—No puedo hacer mucho más que control de daños, pero a Psique le viene bastante bien cuando estamos fuera que pueda ayudarla así.

Madre mía, está tan enamorado que me dan ganas de vomitar. Me alegro por él, en serio, pero no puedo evitar que me invadan los celos. No por Eros —lo considero más un hermano que otra cosa—, sino por la intimidad y la confianza que comparte con su mujer. La única vez que pensé que yo tenía algo parecido, me estalló en la cara, y las heridas emocionales aún no se han cerrado del todo.

Aun así, me las arreglo para esbozar una sonrisa.

—Gracias.

—A por todas, Helena. —Su sonrisa es tan afilada que corta—. Estoy contigo.

Respiro hondo y me giro hacia la puerta. Ya que llego tarde, ¿por qué no hacer una entrada triunfal? Me yergo y empujo la puerta doble con más fuerza de la necesaria. La gente se dispersa cuando entro en la sala. Me detengo, dejando que me observen y analizándolos al mismo tiempo.

El salón ha cambiado desde que Perseo heredó el título de Zeus. Vaya, el espacio es en esencia el mismo: suelos de brillante mármol blanco que apenas se ven entre la multitud, un techo abovedado que hace que la estancia parezca aún más grande de lo que es, enormes ventanales y puertas de cristal que llevan a la terraza que hay al otro lado de la sala... Pero produce una

sensación diferente. Las paredes, que antes eran de color crema, ahora son de un gris frío. Un cambio sutil, pero que se nota.

Lo que sí es más evidente es que los exuberantes retratos de los Trece que recubren las paredes tienen marcos distintos. Atrás quedaron los gruesos y dorados del agrado de mi padre, ahora reemplazados por unos negros meticulosamente tallados. Debería acercarme para comprobarlo, pero parece que a cada uno de los miembros de los Trece le corresponde un marco diferente.

Tampoco esta vez ha sido Perseo el encargado de los cambios, estoy segura. Si bien nuestro padre estaba obsesionado con la imagen que daba, a mi hermano no le podría dar más igual. Aunque no estaría mal que le importara un poco.

Empiezo a abrirme paso entre la muchedumbre, manteniendo la cabeza alta.

Normalmente puedo reconocer a todas y cada una de las personas que acuden a una fiesta en la torre Dodona. La información lo es todo, y aprendí desde muy corta edad que es la única arma que se me permite usar. Algunos me sostienen la mirada, otros se quedan embobados observando mi cuerpo de una manera que hace que se me erice la piel, y el resto se limita a darme la espalda. Ninguna sorpresa. Ser una Kasios en Olimpo puede tener sus ventajas, pero también implica nacer en medio de politiques y rencores que se remontan a varias generaciones. Crecí aprendiendo quién era digno de mi confianza (nadie) y quién me lanzaría frente a un tren en marcha si tuviera la oportunidad (más personas de las que me gustaría).

Pero esta no es una fiesta normal, y esta noche no es una noche normal. Casi la mitad de las caras me son nuevas; habrán venido de los alrededores de Olimpo, o los habrá traído Poseidón en exclusiva para este acontecimiento tan importan-

te. No me detengo a memorizar los rostros. No todos se postularán como campeones; muchos de ellos son como la mayor parte de la gente de aquí, de Olimpo: unos pelotas. Totalmente irrelevantes.

No me apresuro, ando con un paso firme que fuerza a los demás a apartarse de mi camino. La multitud se comporta como esperaba, haciéndose a un lado para después cuchichear a mis espaldas. Estoy montando un buen numerito, y a la mitad de ellos les enerva, mientras que el resto me adora por ello.

Todo el mundo se ha emperifollado para el evento. En un rincón, mi hermana Eris —Afrodita, desde hace tres meses— se ríe de algo con Hermes y Dionisio. El corazón me da un vuelco. Nada me gustaría más ahora mismo que estar con ellos, como en cualquier otra fiesta. Mi hermana y sus amigos son lo único que hace tolerable vivir en Olimpo, pero en los últimos meses hemos tomado conciencia de las diferencias entre nosotros. No eran tan evidentes cuando Eris seguía siendo Eris, pero ahora que también es una de los Trece...

Me estoy quedando atrás. Ser hermana de Zeus y Afrodita, y amiga de Hermes y de Dionisio, no significa una mierda. Sigo siendo una pieza en el tablero de otra persona.

Convertirme en Ares es mi única oportunidad de cambiar eso.

Diviso al clan de las Dimitriou en la esquina opuesta, Deméter con tres de sus cuatro hijas, así como a Hades, el marido de Perséfone. Como todos los demás, van vestidos a la perfección. El hecho de que Hades y Perséfone hayan venido no hace sino subrayar la importancia de lo que va a ocurrir. Cada uno de los miembros de los Trece está aquí para presenciar el anuncio ceremonial del torneo para reemplazar a Ares. Eros aparece al lado de su esposa, y la cara de Psique se ilumina de una forma al verlo... Aparto la mirada.

Mi destino es el trono.

Bueno, los tronos; otro de los cambios que ha conllevado el relevo en el liderazgo. La monstruosidad dorada que tanto le gustaba a mi padre se ha sustituido por una escultura de acero llamativa pero fría y distante. Un poco como el propio Perseo.

El segundo trono es una versión más refinada del primero. En él se sienta Calisto Dimitriou, una preciosa mujer blanca con el pelo muy largo y oscuro, ataviada con un elegante vestido negro. Contempla a las personas congregadas a sus pies como si quisiera echarnos a empujones por las enormes puertas de cristal que se han abierto para que entre el agradable aire de esta noche de junio. Aunque dudo que se quedara ahí; lo más probable es que deseara vernos caer uno a uno por el balcón.

Es un misterio por qué mi hermano la eligió a ella para ser su esposa, para convertirse en Hera. Ni siquiera da la sensación de que se lleven bien. El matrimonio apesta a intromisión de Deméter, pero, por mucho que indago y husmeo, nunca consigo encontrar una respuesta. Supongo que no importa por qué Perseo se casó con ella, solo que lo hizo.

Hago una rápida reverencia que casi parece educada.

—Zeus. Hera.

Mi hermano se inclina hacia delante y me dedica una mirada ceñuda. Mientras que Eris y yo tenemos la tonalidad de piel de nuestra madre, Perseo es la viva imagen de nuestro padre. Pelo rubio, ojos azules, tez pálida y un rostro atractivamente masculino. Si pusiera un poco de su parte, sería lo bastante apuesto como para embelesar a toda la sala. Por desgracia, mi hermano nunca ha tenido talento para ese tipo de cosas, no como el resto de mi familia.

«Salvo Hércules. A él sin duda se le daba tan mal como a Perseo.»

Aparto el pensamiento de mi mente. No tiene sentido pen-

sar en Hércules. No está aquí, y, por lo que respecta a la mayoría de los habitantes de Olimpo, es como si estuviera muerto. No, eso no es verdad. La gente habla de los muertos. En cambio, hacen como si Hércules nunca hubiera existido siquiera. Lo echo de menos casi tanto como a mi madre.

—Llegas tarde. —Perseo no levanta la voz, pero no tiene ni que hacerlo. Todo el mundo a nuestro alrededor se ha quedado en silencio, alerta por la posibilidad de presenciar otro drama de la familia Kasios. No los culpo. Les hemos dado cotilleos por un tubo durante mis treinta años de vida.

—Lo siento. —Y lo digo de verdad—. He perdido la noción del tiempo. —En circunstancias normales no suelo caer en la tentación de prepararme más de lo necesario, pero esta situación no tiene nada de normal.

Perseo niega con la cabeza ligeramente, recorriendo el resto de la estancia con la mirada.

—Voy a hacer el anuncio pronto. No te alejes.

Me crispo, aunque no tiene sentido tomármelo como algo personal. Perseo le habla a todo el mundo como si estuviera dirigiéndose a un niño o a un perro; lo lleva haciendo desde que éramos pequeños. Yo puedo entender que simplemente él es así, pero su método de comunicación preferido ya le está granjeando resentimiento entre la élite de Olimpo.

Pero, bueno, no es problema mío. Al menos no esta noche. Le dedico una sonrisa radiante.

—No te preocupes, hermanito. No se me ocurriría hacerlo.

Después del anuncio, todos tendrán la oportunidad de postularse como campeones y así entrar en el torneo por el título de Ares. Técnicamente la convocatoria no se cierra hasta el alba, pero, por lo que tengo entendido, es raro que haya rezagados, así que quiero asegurarme de presentarme antes de que nadie pueda plantearse siquiera detenerme.

Me giro para observar la sala, aunque todavía puedo sentir a mi hermano vigilándome. Debe de estar preocupado por que vaya a ponerlo aún más en evidencia. Cualquier otra noche me lo habría tomado como un reto, pero ahora mismo no puedo perder de vista mi objetivo. No voy a tener distracciones.

Después de esta noche, todo el mundo sabrá que soy una persona de armas tomar.

El resto de los Trece no tardan en ocupar sus puestos al lado de mi hermano y Calisto; perdón, Hera. A ella parece hasta aburrirle todo el proceso, aunque es la única. Una corriente de agitación se propaga por la estancia. Sé que Perseo solo quiere estabilidad para Olimpo, pero este paripé va a ser mucho más que eso para la ciudad. Este evento levantará los ánimos de la ciudadanía, le va a dar algo con lo que entretenerse y emocionarse.

Aunque los Trece gobiernan Olimpo, en último término no son más que unas pocas personas. Sin el apoyo de la población, ese poder solo es de boquilla. Únicamente ha habido una revuelta en nuestra historia, hace unas pocas generaciones, después de que una guerra entre los Trece diezmará la ciudad, pero fue lo bastante cruenta para que no nos apetezca que vuelva a pasar.

Cuando mejor va todo es cuando los miembros de los Trece juegan a las celebridades. En el momento en que alguien asume un nuevo título, decide qué imagen quiere dar y cómo ponerla en práctica. Algunos —como Deméter, la última Afrodita, Hermes y Dionisio— van con todo y usan la opinión pública para impulsar sus respectivas ambiciones. Poseidón y Hades, en cambio, nunca han entrado al trapo. Hades, debido a que nadie en este lado del río sabía de su existencia hasta hace poco; y Poseidón, porque ya se gana suficiente simpatía al ser uno de los pocos que pueden atravesar a sus anchas la barrera

que rodea Olimpo, lo cual significa que trae de fuera todo aquello que la industria de la ciudad no es capaz de producir por sí misma.

Que haya unos cuantos miembros nuevos de los Trece en un corto período de tiempo implica incertidumbre y, en tiempos de incertidumbre, todo es posible. Incluso la revolución.

Mi hermano hará lo que haga falta para asegurar que eso no ocurra.

La muchedumbre se apiña aún más, y yo procuro mantenerme al margen, acercándome a donde se encuentra Dionisio. Es un hombre blanco de mi edad, con pelo oscuro corto y un bigote bastante impresionante que se ha dejado crecer lo justo para curvarlo hacia arriba a lado y lado de la boca. En cualquier persona resultaría ridículo, pero es Dionisio. Para él lo ridículo es una declaración de intenciones, desde su vivaracha actitud hasta sus llamativos trajes de colores. Me sonrío.

—¿Estás preparada?

Siento un millón de nudos en el estómago, pero le devuelvo la sonrisa.

—Claro. Va a haber drama fijo, y ya sabes que me encanta.

—Y yo estaré en el centro del drama.

Se enciende una luz que ilumina a Perseo mientras el equipo de grabación toma posiciones delante de él. Este evento se va a retransmitir a la gran ciudad, por lo que las impresiones que causen los campeones, empezando desde ya, son vitales. Ares, técnicamente, no necesita el apoyo civil para hacer su trabajo, pero ser popular entre la ciudadanía allana bastante el camino.

Mi hermano se pone en pie, muy erguido. No tiene la presencia imponente de nuestro padre, pero sí la habilidad de que parezca que te está mirando directamente al alma. Y se aprovecha de ella ahora, pasando esos ojos de hielo por todos los aquí

presentes antes de detenerse en mí. Algo reluce en ellos, algo que no reconozco, pero aparta la vista antes de que pueda identificarlo.

—Todos sabéis por qué estamos aquí. —No alza la voz, pero no le hace falta. A mis hermanos y a mí nos enseñaron cómo hablar en público desde muy pequeños. Para ser muestras perfectas de nuestro perfecto linaje familiar—. Estamos aquí para honrar el fallecimiento de Ares. Sirvió al título durante casi sesenta años y, aun así, nos ha dejado demasiado pronto. —Bonitas palabras. Vacías, eso sí. El antiguo Ares era, para ser sinceros, un capullo.

Perseo vuelve la cabeza a la otra parte de la sala.

—Esta noche comenzaremos el proceso de búsqueda de nuestro próximo Ares. Según dicta la tradición, tendrán lugar tres pruebas, la primera de las cuales conoceréis en un plazo de dos días. El ganador de los tres desafíos se convertirá en el próximo Ares... —Una pausa cargada. De nuevo, una expresión extraña cruza su rostro.

Es la única advertencia que recibo.

Perseo me mira, con algo similar a la compasión en sus ojos azules, mientras sella mi destino:

—...y se casará con mi hermana Helena.